

PUNTOS
DE SUSCRICION

Los mismos que el
Globo.



La Moda

PRECIOS

Para los suscritores del Globo, al mes..... rvu. 4
Para los no suscritores..... 6
Para los de fuera francos de porte 7

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATRO, COSTUMBRES Y MODAS.

SALE TODOS LOS DOMINGOS.

LA CENCERRADA MONSTRUO.

Ea dame, muchacho, dame la lira, ea, y guarda no la cambies con la de heróicas cuerdas: traeme, sí, la que tiene de Medellín la empresa con dos torcidas trompas en media luna puestas.

IGLESIAS.

Jerez y Agosto de 1842.

Señor Redactor.

Acostumbra á sucederle hoy en España al matrimonio (salva la comparacion) lo propio que le acontece al comercio de buena fé; nadie especula por causa del contrabando; á nadie acomoda el pagar los derechos de aduana mientras los alijos estralegales inundan las poblaciones, y es mucho si un par de prójimos se presentan en la tercera por tres cigarros de Manila cuando á espuestas los ofrecen tras de cada esquina cual si fuese mercancía de piñones ó de habas tostadas. Ahora bien, no sé yo hasta que punto podrá ser exacta la comparacion entre ambas cosas, pero me inclino á creer que no ha de estar la diferencia muy en pro del matrimonio, porque al cabo los contrabandistas de esta especie no tienen que guardarse de los carabineros, ni de la empresa de Llano y Ors, ni de los dependientes de puertas: si ellos no se quieren resguardar, de seguro no tienen otro resguardo que intervenga en sus especulaciones, y si algo tienen que temer semejantes defraudadores, no es por cierto de parte del falucho guarda costas, sino de la falua de sanidad. Añada usted, señor mio, y ponga en cuenta las indispensables y gravosas modificaciones que sufre el presupuesto doméstico de todo ciudadano que pretende ponerse en gracia de Dios, no olvide en la suma del cargo el ama de leche y la niñera y los zapatos de los chicos y el lavado de pañales, y dígame después si el que se decide á marchar francamente por la senda de la vicaría ó de la parroquia no tiene hartos títulos á la consideracion pública, ya que no á las inmunidades y gracias de todo gobierno protector del aumento de la poblacion.

Pero nada menos que eso: en Jerez por lo menos, no solo no se tienen en cuenta todas estas cosas, sino por el contrario el malaventurado que en hora menguada acierta á renunciar á Satanás, abandonando los estravios y pereances del estado honesto, ha de desechár de sí cual pecaminoso pensamiento su buena resolucion, á poco que la fé de bautismo de uno ú otro contrayente no esté en armonia con el capricho y soberana voluntad de los fautores de cencerradas, como si hubiese ley alguna en las siete partidas ó en la novísima recopilacion que concordase las edades con las bodas, ó como si hubiese incompatibilidad alguna legal entre las bendiciones y la cruz de San Hermenegildo.

He aquí pues lo que acaba de suceder en esta ciudad, siendo las personas favorecidas un consorte varon, como de unos sesenta años, y su respectiva mitad, de veinte y ocho poco mas ó menos segun las trazas. Contra este par de contrayentes se ha puesto en práctica desde el dia 22 del que rige

una cencerrada en tres actos melo-pantomimico-algórica, y la mas solemne en su especie que recuerdan los nacidos y que haya honrado jamás los anales cencerriles de pueblo alguno. De esta cencerrada monstruo, es pues de lo que me propongo hacer á usted una minuciosa y verídica relacion, á fuer de su andrónico y exacto corresponsal, además de que el caso ciertamente merece el ser preconizado, no ya por las columnas dominicales de la MODA, sino por las cien trompetas de la fama.

Amaneció pues el citado dia 22 del que rige, y por la mañana, segun voz pública, casáronse en paz y gracia de Dios nuestros protagonistas, no se sabe si agenos de los infortunios que se les preparaban; pero el diablo que no duerme, habia hecho de modo que fuesen espiados todos sus pasos, de forma que hubo sobrado lugar para prevenir trastos, confeccionar insignias, trofeos y maniquies, y dar el alarma en la poblacion entera.

En efecto, á las oraciones, ó poco después, se reunió en la plaza del Arenal la procesion, la cual iba en el órden siguiente. Abrian la marcha las tropas ligeras, es decir, hasta unos ciento cincuenta zagalones y chicos callejeros, todos ampliamente provistos de los utensilios anti-filarmónicos usados en semejantes casos, si bien tal y tan grande habia sido la abundancia de instrumentos para la improvisada orquesta que aun hubo alguno de los malditos niños que, no contento con empuñar en cada mano un colosal cencerro, llevaba otros dos colgando de entrambos lados de la cintura. Marchaba en seguida un pendon negro como la ventura de los novios en aquella noche, sobre el cual estaban dibujadas algunas alegorías que no alcancé á comprender, y que quizá me alegro de no haber comprendido; tales debian ser ellas. Un gran farolón á manera de los de retreta seguia en el órden gerárquico, y allí estaban escritos los nombres de los nuevos esposos á fin sin duda de que nadie tuviese que calentarse la cabeza en adivinarlos. Iba después en una litera ó camilla llevada á hombros un maniquí, que por lo visto queria representar al novio. A renglon seguido se descubría un palo largo ó garrocha (que en esto no están muy conformes los autores) sobre el cual lucian dos prolongados retorcidos cuernos de buel (¡ave Maria Purisima!); terrible memento homo conyugal, si es que no fué sinuista alusion de mal agüero, harto menos difícil de interpretar que los sueños del rey Faraon. Otro palo cargado de cencerros, y la segunda edicion del farol de retreta servian de insignia á una nueva tanda de músicos de hierro viejo, tras de los cuales caminaban en tropel unas cinco ó seis mil personas, parte curiosos y parte coadyuvadores en aquella obra meritoria y de alta civilizacion.

En esta guisa, y alumbrada con hachones de viento, llegó la comparsa ante las puertas de la casa nupcial, y en el mismo punto y hora la mas destemplada é infernal algazara vino á saludar á entrambos novios: los cencerros, los cazos y los pitos en horrible disonancia con campanillas, almireces y caracoles vinieron á servir como de orquesta á los ladridos de los perros y á los desapacibles gritos de los muchachos. En la sorpresa de semejante ex abrupto filarmónico corrian despavoridas las mugeres, y cerrábanse tiendas y casas juzgando que habia estallado de improviso alguna asonada ó conspiracion brujo-diablesca contra todo fiel cristiano de Jerez. Por fin, después de las once de la noche se puso término á este primer acto, y cada cual fué

á celebrar allá para sí lo sabroso de este cultísimo é inocente desahogo, y llámole inocente porque ¿qué cosa lo es mas en este mundo que el ir á meterse en las acciones privadas de cada uno de por sí, en vez de entretenerse en algo peor?

Hase repetido hoy 23 (tal es la fecha de la carta de mi corresponsal) igual fiesta, si bien con circunstancias un tanto cuantitativamente agravantes: al maniquí masculino acompañaba en la litera ó camilla otro femenino, llevando un niño y delante una cuna, todo ello sobre un carro de calesa. Tales cosas han pasado, señor redactor, y tal papel se ha hecho representar á uno y otro maniquí, que ni es asunto para que yo hable de él ni menos lo es para que usted lo refiera: quédese pues esto aquí como se está, y bástele saber que harto peor es meneallo.

Dicen que el tercer acto debe verificarse esta noche: si algo hay le seguiré comunicando los necesarios datos para que dé á luz la crónica de este estupendo asunto.

Ahora bien, yo que soy todavia individuo de esa gran familia de los solteros, quisiera aconsejarme con alguno que lo entendiese á fin de saber hasta que edad poco mas ó menos le está permitido á un ciudadano el casarse en este pueblo sin acompañamiento de almirez y de cacerola, y sin el adminículo de los cuernos y del farol de retreta. Mientras esto averiguo, hago firme propósito de no hacer formal entrega de mi blanca mano (por lo menos en Jerez); pues ya considera usted que es droga esto de que un sacramento de la santa madre iglesia le haya de costar á uno tantos ratos de hostil y amarguísima publicidad. Sacramento por sacramento, si tanto he de sufrir para alcanzar el matrimonio, estoy por sospechar que es preferible el de la extrema unción.

Queda, como siempre, su afectísimo.—El jerezano incógnito.

Además de lo espuesto por mi apreciable corresponsal tengo entendido que la autoridad superior ha recibido quejas oficiales acerca del hecho. Es de creer que la municipal de Jerez haya desplegado todo su celo para impedir semejantes tropelías, porque asunto en que se interesan la cultura y la moral pública, de seguro es asunto mas peliagudo que el de los bigotes.

F. F. A.

REMITIDO.

Señores redactores de la MODA.

Muy señores míos: Habiendo visto en su periódico del Domingo próximo pasado un artículo sobre teatro en que se dice: «no es menos escandaloso que los músicos de la orquesta, cuando les dé la gana dejan de tocar y se pongan á aplaudir á los cantantes: esto lo decimos con ciencia y paciencia de la autoridad» y por no ser exacto lo que se refiere en dicho párrafo, suplico á ustedes, señores redactores, me hagan el obsequio de dar cabida en su acreditado periódico á la rectificacion siguiente: Los profesores de la orquesta no dejan de tocar cuando les da la gana, sino tan solo cuando su obligacion lo exige, como en los intervalos de las piezas ó al guardar compases de espera; ellos lejos de merecer el cargo que ha querido hacerseles, son acreedores al contrario á los mayores elogios por la esactitud con que cumplen su deber. Esto lo afirmo con ciencia y con conciencia, porque me da autoridad

para tanto el lugar que con mucha satisfacción ocupó entre ellos. Además, aun supuesto el caso en que algunos de los profesores de la orquesta se hayan permitido aplaudir á los cantantes con demasiada, creo se les debería amonestar con moderación, pero no por eso será justo reprender la generalidad de ellos que nunca se escóde en lo mas mínimo. Por el interés que ustedes se toman por el arte encantador y por los artistas que lo profesan, creo se alegrarán al saber que no es exacto un hecho que les haria poco favor y que ustedes habrán referido sin duda por mera equivocación. Dispensenme ustedes la molestia y quedo de ustedes, señores redactores, muy atento servidor Q. S. M. B. **V. Bonetti.**

Al escribir las líneas á que el señor Bonetti contesta, no hemos hecho mas sino ser intérpretes de las quejas de la parte del público que concurre al teatro.

¿No encuentra el señor Bonetti ridículo como el público, que individuos de la orquesta se le anticipen en dar muestras de aprobación? ¿No encuentra ridículo que quieran convertirse en directores, ó por lo menos en promotores de aplausos?

¿Es de presumir mucha imparcialidad en personas que reciben un sueldo de la empresa? ¿Podrían dar señales de disgusto, como las dan de su verdadero, ó supuesto entusiasmo? Pues, creemos el señor Bonetti poco vale la aprobación de quien no tiene libertad de desaprobación.

Los cantantes son en verdad muy ingratos: pagan muy mal á sus amigos de la orquesta. Por la regla que en Cádiz se ha establecido nada tendria de extraño que en justa correspondencia el *bufa cantante* ó la *prima donna* aplaudiesen la mejor noche los solos de flauta ó los obligados de violoncelo.

Por lo demas nos hacemos un deber de convenir en que, segun voz pública, (porque nosotros no nos hemos convertido en fiscales) segun voz pública son poco numerosos los individuos de la orquesta que han incurrido en esa falta. A estos pocos les aconsejamos que se dejen de esos transportes de entusiasmo; en cuanto al entusiasmo bueno es que lo empleen en el ejercicio de su arte; y en cuanto á transportes los únicos que les están bien son los de sus tonos ó notas. Respecto al señor Bonetti, cuyo celo, y cuya habilidad reconocemos nosotros al par del público, y á quien personalmente apreciamos, le hubiesemos agradecido tuviera presente que por ser periodistas antiguos y por otras varias razones debemos saber muy bien nosotros cual es el tono que nos corresponde al hablar de cada materia.

TOROS Y FIESTAS DE ESTOS ÚLTIMOS DIAS.

***** 2 de Setiembre de 1842.

Señores redactores de la *Moda*.

Sin ser inglesa, ni mucho menos aficionada á apuestas, me atreveria á hacer una con seguridad casi cabal de quedar lucida.

Apostaria, pues, á que entre tanto extranjero como á esa ciudad visitan, ha de haber habido alguno que escriba en su *memorandum* de viaje las siguientes líneas ó otras parecidas, las cuales no estrañaria yo ver insertas el día menos pensado en algun periódico de Londres, en alguna revista de París, ó en algun viaje como los que han publicado en estos últimos tiempos Custine, Didier, Teophile Gauthier y L. Londonderry. Escribo como si tradujera y tradujera mal.

Asi como había reemplazado el entusiasmo político al fervor religioso de los españoles, del mismo modo ha substituido á este último el fanatismo tauromaquico. A la adoración de los santos, á la oración de los héroes políticos, ha seguido la apoteosis de las moñas y de las banderillas. Yo he visto en una ciudad de las mas cultas y notables de España, levantar un trofeo en la plaza pública, y colocar en él las moñas y banderillas destinadas á los toros de la corrida del día siguiente. Yo he visto poner iluminación á esas banderillas como á un retablo (esta palabra por supuesto en castellano y con ortografía equivocada) de santo, ó á una lápida (también en castellano) de la Constitución; yo he visto darlas música, yo he visto acudir la población entera agolpada al rededor del trofeo, ya la moviera la curiosi-

dad ó el entusiasmo. Y aquellas moñas y aquellas banderillas prodigios del arte y del buen gusto, eran la espontánea orenda de las bellas y elegantes gaditanas, la obra voluntaria de sus blancas y hermosas manos. Y al día siguiente eran los caballeros del pueblo, los gefes de la milicia quienes habian de obtener los honores y correr los peligros de la corrida.

A vueltas de algunas verdades puede haber algunas inesactitudes en estas líneas; pero *jasi se escribe la historia!*

Si no estan escritas en estos términos ú otros muy parecidos las notas de nueve viajeros, entre cada diez que pudiera haber en Cádiz, yo Sofia de S. . . me comprometo y obligo á regalar para cuantas funciones dispusiere durante mi vida el entusiasmo patriótico, no las moñas y las banderillas, que no se merecen tanto mi obscuro nombre, sino lujosos y propios vestidos para los matadores, chulillos, banderilleros y picadores.

A mí, que no he estado en Cádiz, á mí, que por esta poderosa razon no he podido presenciar tan brillantes fiestas, á mí que no entiendo, ¡pobre de mí! ni de toros, ni de partidos, ¡me querran ustedes oír si les digo cuales han sido mis impresiones al leer ú oír la descripción de esas funciones?

Mi voto vale poco, por muger, por ausente, y por ignorante! Pero ante todo, ¿no creen ustedes, no piensan como yo que la cultura de un pueblo, que la elevación de sus ideas, la nobleza de sus sentimientos, y la elegancia de sus hábitos se reflejan en sus fiestas y sus espectáculos, espejo alegre pero fiel de su grandeza ó decadencia, de la pureza ó la estravagancia de sus costumbres? ¿Pobre de aquel pueblo, cuyas fiestas sean ruines, cuyos espectáculos sean bárbaros, y groseras sus diversiones!!

Yo, muger, yo quiero, yo adoro las corridas de toros. Yo idolatro la bizarria soberbia, la mágica destreza de Montes! Qué no deberia ser en otro tiempo, cuando los primeros caballeros de la corte, desde el Cid hasta Villamediana, tomaban parte en estas lidias!

Pero que diferencia de tiempos! Entonces cualquiera de aquellos caballeros, que no eran por cierto comandantes de la milicia, ni diputados provinciales, sino caballerizos del rey, ó del hábito de Calatrava, cualquiera de aquellos caballeros airoosamente montado en un alazan de Córdoba, lujosamente vestido, iba con su *rejon* en la mano en busca de la fiera, y la plaza entera, espectadora de sus proezas, aplaudia su donaire, su valor y su gallardía!

Mas si á alguno de aquellos gentiles caballeros le hubiesen propuesto que bajando de su caballo, y saltando el temible rejon, trocara de vestido y de funciones con cualquiera de los mas humildes criados del antiteatro, á fé mia que antes se dejara hacer trizas por todos los toros de Jarama, que consentir en liarse un plebeyo pañuelo en la cabeza, ni tomar en su mano la puntilla asesina!

Ahora es muy distinto! Ahora nuestros caballeros son patriotas! Bello sacrificio por cierto el de verse aplaudido por la plaza entera, excitando la admiración de las damas y la envidia de los caballeros! Bello sacrificio, digno de un esclavo cortesano, el de lucir el donaire, el arrojo y la bizarria! Ahora sabemos lo que es hacer sacrificios! Ahora un caballero se viste con una ridícula chaqueta, se disfraz con un abominable pañuelo, y convertido en payazo, desempeña á la vista de un público burlon, las serviles funciones que cuando por necesidad se ejercen escitan la lástima, y cuando por afición causan risa!!

Las ideas de ahora, los principios, á mí que soy muger y que poco de esto entiendo, me parecen mas bellas, mas elevadas, que las de otros tiempos. Y qué no se podria reunir con la elevación de las ideas, la nobleza de los sentimientos y la elegancia de las costumbres? Dejarian nuestros caballeros de ser patriotas por mas dignidad y cultura que tubiesen en sus maneras?

Ah! cuando los españoles hayan perdido su reputación de dignidad, de cortesía, de nobleza, ¿qué les quedará entonces?

Conozco que son algo excesivas estas libertades, . . . sean perdonadas al sexo y al buen deseo de

SOFIA DE S. . .

TEATRO.—OPERA.

En estos últimos dias se han cantado por primera vez algunas piezas de una ópera del señor Gomez, ópera que el joven compositor no ha conseguido ver puesta en escena, á pesar de sus incansables esfuerzos.

Escoger en una ópera tres ó cuatro escenas, y de este modo, sueltas, aisladas, entregarlas al juicio de un público que ignora los antecedentes del argumento, que desconoce la situación, á quien se le ocultan por lo tanto las relaciones de la música con los sentimientos de los personajes, que no sabe lo que aquella música espresa, lo que aquel canto significa. . . . es por cierto una prueba muy atrevida, un ensayo muy temerario, y que no aconsejariamos nosotros á ningun autor para su primera obra. . . . Dichoso el que puede colocarla bajo los auspicios del interes dramático del argumento, y del prestigio de la escena!

A pesar de todo esto; á pesar de que los dias no pudieron escojerse con mayor desdicha: á pesar de que se cantaron esas piezas cuando se echaba de menos en el teatro la concurrencia de forasteros de la anterior temporada, cuando la compañía por justísimos motivos ha caído en la desgracia del público, y cuando falta el atractivo del *abono*, á pesar de estas y otras muchas razones, principalmente una funestísima, que fué el mal desempeño. . . . á pesar de todo, las piezas del señor Gomez han sido aplaudidas. El público manifestó dos veces en la primera noche su deseo de ver al autor.

De la segunda noche no hablemos: aquella era una función en familia: los cantores, la orquesta, los cobradores, acomodadores etc. En cuanto al público disfrutaba de las gratuitas y patrióticas armonías de la plaza de Mina. Verdad es que la música de un regimiento no es tan agradable como la orquesta del teatro. . . . pero en cambio es mas barata, mas barata la diversion y mas fresca la temperatura.

Los inteligentes celebran la música del señor Gomez: segun su juicio son alguna vez demasiado prolongados y languidos los adagios. . . . Por nuestra parte, damos desde ahora la enhorabuena por su buen éxito al joven maestro, reservando nuestros insignificantes elogios para cuando hayamos oido la ópera.

SALIDA DE LA SIGNORA PASTORI Y DEL SEÑOR TOMASONI.

No seamos exigentes. . . . Nosotros esperabamos poco. No contabamos con oír á Rubini, ni á la Grisi. Pues qué! cuando la *prima donna* se pone enferma, cuando el *tenor* ingenera fiasco, le es tan fácil á una empresa encontrar á la mano una cantatriz que sea hermosa como Venus y que cante como un Ruiseñor? Aun mandandolas buscar, no á Gibraltar, sino á Nápoles á Milan, al centro de la harmoniosa Italia, ese almacén inagotable de virtuosos y de primas donnas, le envían. . . . Dios sabe lo que le envían!

Mas para hablar de la signora Pastori; esta *signora* sabe lo que hace y hace lo que puede. . . . es verdad que no puede mucho. . . . La lentitud con que canta, el aire en que lleva las canturias, no es nada agradable para el público, pero si es una prueba de que esta señora no se hace ilusiones acerca de sus fuerzas.

El señor Tomasoni tiene una voz acontraltada que no es mala. Sus maneras no son nobles, y su canto no es muy espresivo. Con todo eso, no leemos perdido. . . . ¡Son tan poco gratos los recuerdos que ha dejado el pobre Forti!

En resumen estos señores vienen á hacer de sobresalientes. . . . por supuesto no en la acepción brillante y lisongera de la palabra, sino en el sentido, mucho mas modesto que se le da en las corridas de toros. Seamos pues indulgentes.

Se nos olvidaba decir que el nuevo tenor ha sido aplaudido con justicia en el tercer acto de *Beatrice di Tenda*.

IMPRENTA DEL GLOBO.